

EL CINE ES MEJOR QUE LA VIDA

PRÓLOGO

EMILIO GARCÍA RIERA O LOS INSONDABLES SERVICIOS DE LA INTELIGENCIA

ÁLVARO MUTIS

«La inteligencia sirve para todo», solía decir la más que inteligente madre de mi amigo colombiano Gonzalo Mallarino, de cuya ausencia no me curo, ni me alivian de ella los esporádicos encuentros que me ofrece un azar más bien parco. Era yo, entonces, cuando le escuché esas palabras a la admirable y siempre certera dama, demasiado joven y atolondrado para apreciar la gran sabiduría de su sentencia favorita. Tenía la edad y vivía en el país, Colombia, donde suele confundirse con mayor frecuencia y facilidad esa laboriosa y certera condición de la inteligencia, con el talento, con el que son, por desventura, tan generosas nuestras repúblicas. Ese talento que tan radicalmente difiere de la inteligencia, por carecer enteramente de utilidad y convertirse siempre en frondosa planta que todo lo oculta y todo lo asfixia y nada produce de duradero y válido. Pero, como en nuestra América solemos confundir los dos términos a cada instante, resulta que tenemos nuestros almanaques oficiales, nuestros panteones nacionales y otros dudosos altares, poblados, en su inmensa mayoría, por gentes de talento. Y así nos va.

Este preámbulo sirve de prólogo a una anécdota. Una noche, en que salíamos de la casa de Emilio García Riera y donde nuestro

amigo había estado particularmente deslumbrante y acertado, Jomi García Ascot me detuvo un instante en la acera para declararme a boca de jarro: «Emilio es la persona más inteligente que he conocido».

Poca cosa pude responderle, porque yo estaba a punto de manifestar lo mismo con igual convicción y énfasis. No era la primera vez, desde luego, que coincidía con nuestro nunca bien lamentado poeta, cineasta y ensayista tunecino. Lo que esa noche no glosamos, dejándolo para otras posteriores tertulias y encuentros, es que el precio que tiene que pagar quien, como Emilio García Riera, disfruta y ejerce ese peligroso don de la inteligencia sin falla y sin pausa, es abrumador y sin remisión. Está siempre presente el mencionado costo en forma de autocrítica demoledora, de sabia desconfianza sobre si conseguirá darles alguna perpetuidad escrita a sus observaciones sobre los hombres y su breve y averiado paso sobre la tierra. Al respecto hemos hablado Emilio y yo innumerables veces —sobre qué no habremos hablado en estos últimos treinta años, Dios mío.

A pesar de que en sus notas sobre cine y en sus primeros libros sobre el mismo tema, era ya evidente la viva dosis que sabía administrar en esas páginas de intransigente lucidez y vigilante humor destinado a disolver la menor tentación hacia lo doctoral y pomposo; pese también al estilo escueto, ajeno a toda retórica y que se pegaba, como la piel al cuerpo, a las ideas que Emilio quería expresar; pese a tan evidentes y probadas destrezas, Emilio tuvo siempre una como reserva, un pudor, una contención, una responsable desconfianza a lanzarse por otros caminos más íntimos y testimoniales, diferentes de los escogidos por él para explorar el mundo, los variables y huidizos valores y la sospechosa delicia del cine.

Cuando hace cerca de un año leí una página suya en la que evocaba algunos episodios e imágenes de su juventud, en donde instantáneos e intensos espejismos alternaban con despojadas visiones de una más bien insoportable realidad, me vino a la mente la frase de la madre de mi amigo Gonzalo Mallarino: «La inteligencia sirve para todo». Eran tan rotundas esas páginas y de ellas se levantaba con tanta evidencia el vasto y minucioso panorama

de un México ya ido, que, por virtud de la prosa de García Riera, éste regresaba a un presente inobjetable con su correspondiente carga de arrasadora nostalgia —y aquí es donde debería aparecer la palabra *saudade*, si hace siglos no hubiéramos dejado a la vera la maravilla de la lengua galaico-portuguesa—. Un México en donde nuestros sueños de juventud tornaban a presentarse dentro de la justa proporción de sus hermosas avenidas arboladas y de sus amplios cielos color lila, cuya transparente dicha era como el premonitorio anuncio de una inmediata y abrumadora felicidad.

Fue entonces, al leer esas páginas, cuando conminé a mi amigo Emilio a que siguiera por ese camino y, en mi atolondrado entusiasmo, le ofrecí prologar el libro que de esa empresa resultara. No que mis palabras preliminares pudieran pensarse, ni mucho menos, como consagratorias o alguna necesidad semejante, sino porque quería aparecer al lado de ese logro que ya adivinaba apetitoso a tiempo que denunciador de nuestro insalvable subdesarrollo. Una obra melancólica y amarga pero, a la vez, regocijada y deleitosa, porque si no es así como recordamos nuestra juventud, si la inteligencia no nos da, al mismo tiempo, la libertad de reírnos de nuestras ensoñaciones y fracasos que poblaron esos años y, mientras nos reímos, sabe que estamos disfrutando la más endeble pero la más cierta materia de nuestro atropellado vivir en el mundo; si no es así como sabemos regresar a nuestra juventud, pasada ya la mitad de la vida, lo único que nos resta es callar, es decir morir oscuramente. Oficio que no nos concierne.

En las páginas de este libro de Emilio García Riera y en su título desafiante se esconde, como era fácil de predecir, el secreto de una confesión que su autor nos invita a compartir, con la autoridad de quien ha sabido ver más lejos y dicho lo que recuerda con la terrible claridad de los oráculos délficos. Mucha atención, pues, estimados lectores: estas páginas esconden una advertencia pítica que trataré de traducir a ustedes, sabiendo que me quedo muy atrás de la fluida maravilla del estilo de Emilio. Diría algo como esto: «Si no sabes ver lo que fuiste de joven con la sonrisa en los labios pero sin engañarte ni un instante siquiera, es que has comenzado a morir demasiado pronto. Que los dioses tengan piedad de tu ceguera».

Antes de terminar —porque estas palabras están tomando más extensión de la que exige la elemental prudencia a un espontáneo prologuista que ahora paga su osadía— quisiera decir algo sobre la última parte del libro en donde García Riera evoca sus relaciones y experiencias con esa tan indeterminada como sospechosa actividad que suele llamarse política. El tono, la distancia a la vez que la desgarrada exposición de su paso por ese universo enrarecido, hacen de esas páginas de su libro una deslumbrante y espero que provechosa lección de lucidez. Provechosa para el lector, es claro. En el caso del autor el resultado está a la vista.

Sólo me resta manifestar mi descarada envidia hacia quienes van a disfrutar estas páginas, para mí ya materia de recuerdo de una lectura memorable; como no suele obsequiarnos ya la vida con la frecuencia de antes. Me queda, sí, el sabroso y siempre cargado de sorpresas camino de la relectura. Ya volveré un día a *El cine es mejor que la vida* y el goce seguirá allí, intacto y agazapado, esperando nuestro regreso.

Para mis hijas
Alicia, Amanda y Ana,
por riguroso orden alfabético.

LA VIDA

Si quiero demostrar que el cine es mejor que la vida, debo decir qué ha sido para mí la vida y qué el cine. En consecuencia, dedicaré un capítulo a la vida, otro al cine y uno más a la política, por razones que el lector —y yo mismo— sabremos al llegar al final, si es que llegamos.

Para este primer capítulo sobre la vida, empezaré por transcribir uno de mis pocos textos que no tratan de cine. Se me ocurrió en 1984 y lo titulé «El fútbol sin mí»:

Inspira el melancólico título de este texto una película española de los cincuenta [*La batalla del domingo* (Luis Marquina, 1963)] titulada en México *El fútbol y yo* y protagonizada por el célebre centro delantero Alfredo Di Stéfano. A mí me hubiera gustado ser como el Di Stéfano de entonces. Siempre y cuando, claro, ese Di Stéfano fuera también como yo, o sea, capaz de encontrarle gusto a una filmografía y a los otros placeres más o menos secretos que informan el vasto universo de mis manías.

En mis precarias actuaciones de futbolista menos que amateur resulté exactamente lo contrario de Di Stéfano: fui uno de los peores jugadores que he visto. En consecuencia, aún mi imaginación se escandaliza cuando la fuerzo a figurarme que metí un gol en Maracaná, ante el mayor público reunido por un juego de fútbol, con violento e imparables remate de cabeza, desde una distancia insólita, a un minuto de terminar el partido, y convertir a México en campeón mundial, por una vez en la vida, derrotando a la poderosa

y odiosa escuadra de Alemania, pues esa victoria en Maracaná no podía ser, obviamente, contra Brasil. En la ilusión quiero que el público se vuelva loco de alegría, porque fue Alemania la que antes eliminó a Brasil con muchas mañas, y México se erigió gracias a mí en el gran vengador de los *verde-amarelos*, y a mí me pasearon en hombros por Copacabana e Ipanema en plan de delirio, y yo mientras tanto pensaba en gozar de un merecido descanso viendo al hilo siete películas Warner de los treinta con Kay Francis. El éxtasis.

Quiero hacer una aclaración a propósito del anterior imposible, porque aun las ilusiones locas merecen el beneficio de la verdad documental. No rompí la red con mi gol milagroso, como dicen que lo hizo el filipino Alcántara, del equipo Barcelona, en Burdeos, por los años veinte. De joven me tocó asistir a la exaltación del histórico gol de Alcántara en una peña cafetera de viejos españoles, de esos que tarareaban entre dientes «La Lirio, la Lirio tiene, tiene una pena la Lirio» mientras ponían cara de que la Guerra Civil la ganó Franco porque Miaja no les hizo caso a ellos cuando le dijeron que había que atacar por el flanco derecho, como era claro para todos menos para Miaja. Recuerdo haber apuntado tímidamente a los exaltadores de Alcántara que quizá la red de Burdeos estaba ya medio rota o descosida, porque, en circunstancias normales, una red no la rompe ni el más violento de los chutazos. Fue como si hubiera yo proferido una blasfemia, porque podía darse por seguro que la red de Burdeos era la más fuerte y bien cosida de todas las redes del mundo, y porque —dijeron— lo digo yo, y cuando un español dice que lo digo yo no hay hostias. Por eso, para dar una lección de ecuanimidad a esos viejos españoles del café Campoamor, sito en la calle de Bolívar, entre 16 de septiembre y Venustiano Carranza, declaro modestamente que ni en la imaginación rompí la red de Maracaná.

En 1945, recién llegado a México, era yo un muchacho raro que quería ser común, corriente y normal. Disfrutaba entonces de una memoria prodigiosa que me permitía retener cualquier dato con tal de que fuera inútil y no tuviera que ver con mis obligaciones de estudiante, siempre mal cumplidas. Cuando me preguntaban quiénes eran los actores de *Lo que el viento se llevó*, por ejemplo, no me conformaba con citar a Clark Gable, Vivien Leigh, Leslie Howard

y Olivia de Havilland, como todo el mundo, sino que me seguía de filo con Thomas Mitchell, Ann Rutherford, Evelyn Keyes, George Reeves, Hattie McDaniels y treinta más, pronunciando esos nombres, eso sí, en un inglés ignominioso.

Para ser normal, resolví aficionarme al fútbol, con todo y compra diaria del *Esto*. En consecuencia, poco tiempo después, ya estaba yo repitiendo a la menor provocación que en el Atlante jugaban Villavicencio, Medina y *Peluche*, Arizmendi, Scarone y Gutiérrez, Vantolrá, Meza, Casarín, Angelillo y Nicolau, pero también me sabía, más o menos, las alineaciones de los otros quince equipos que militaban en la entonces llamada Liga Mayor de Fútbol.

Por mí, con la lectura del *Esto* hubiera tenido bastante, pero había que dejar de ser raro a como diera lugar, o sea, no tan teórico, para decirlo así. Decidí entonces ir todos los domingos al parque Asturias, que era donde se jugaba el fútbol mayor, y que quedaba por la calzada del Chabacano, por los rumbos de Portales, si no recuerdo mal. Daba yo por seguro que ahí encontraría a todos mis compañeros del Instituto Luis Vives dizque muy aficionados al fútbol. Sólo por casualidad encontré a alguno de ellos. Por lo general, estaba yo solo con mi pinta de españoleta flaquísimo en medio de la tribuna de sol poblada por una brava raza de bronce empeñada en mentarles la madre a los gachupines de los equipos de España y Asturias. Así, mi procuración de la normalidad acabó por hacerme sentir más raro que nunca.

Me hice partidario del Asturias porque era un lugar común, entre los refugiados, irle al España. Quizá me daba un cierto pudor declararme demasiado típico y normal: no me sentía con derecho a tanto. De cualquier modo, el Asturias era un equipo de españoles, aunque sólo tres españoles jugaron en él cuando ganó el campeonato 1943-1944; los demás eran seis argentinos (entre ellos el *Petiso* Noguera, que mereció mención en un tango de su país, y el tremendo goleador Aballay) y dos mexicanos, por no dejar: el *Pulques* León y el *Negro* Suárez. Quizá mi partidatismo por esos asturianos *ersatz*, tomadores de mate y añorantes, supongo, de la calle Corrientes, fue premonitorio de mi actual afición por la ciudadana argentina María Cristina Martín Guerra, natural de

Bolívar, provinciana de Buenos Aires, y madre de la niña mexicana Amanda, engendrada por quien esto escribe.

Me extrañó, para empezar, que el fútbol en la cancha no fuera como se veía en las fotos del *Esto*, que los lances de los jugadores parecieran producirse sin una suerte de fijeza épica ganada después en la imagen periodística. Una foto tiende a hacer inmortal el salto cabeceador que culmina en un gol; en la realidad, ese mismo salto resulta tan efímero y casual como todo gesto humano. Creo que ya entonces, cinco años antes de la aparición comercial de la TV, ya deseaba yo, sin saberlo, las repeticiones y «congelamientos» que acabaría por hacer posibles el vídeo.

Ese extrañamiento ante la realidad tal como se produce, y ese deseo de fijación y conservación tienen que ver, supongo, con mi afición al cine, que es en mi opinión bastante preferible a la realidad. El cine ahorra momentos muertos y hace énfasis en los más interesantes. De ahí que al recordar mis asistencias a las canchas evoque también un mortal aburrimiento. La verdad es que no la pasaba bien viendo el fútbol tal cual es; a veces, sentía la urgencia de que llegara el día siguiente para poder disfrutar en el periódico de una versión del juego más divertida, en tanto que resumida en datos, imágenes y juicios. Sin embargo, bien hubiera yo querido entonces una síntesis que me ofreciera en calidad de imagen reproducida toda la belleza del movimiento en el fútbol, o sea, lo que ofrece ahora la televisión. Claro: los juicios han dejado por lo general de interesarme, quizá por culpa de los locutores y comentaristas de la televisión misma.

Soy en definitiva un aficionado espurio pero ferviente. Otra vez un caso raro, en suma. Y se lo debo a la televisión, ese adelanto aún reducido del mundo artificial de imágenes que quizá en el futuro rodee al ser humano y le evite molestias del contacto directo con la realidad. Porque, como dijo memorablemente mi amigo Gabriel Ramírez, la realidad —la vida— presenta el inconveniente de ser bastante incómoda.

D'ailleurs, el fútbol es un deporte.

Eso último, lo del *d'ailleurs*, debió dejar a algunos lectores *in albis*. Me temo que sólo unos pocos pudieron recordar a esas alturas cómo

terminó André Malraux un texto suyo sobre el cine, célebre en los años cincuenta: *D'ailleurs, le cinéma est une industrie* («Por otra parte, el cine es una industria»). Quizá fracasó mi referencia culta, pero me vengué con ella de los escritores que asestan paráfrasis tan misteriosas como lo fue la mía de Malraux, probablemente, para otros.

Entregué «El fútbol sin mí» al suplemento semanal del diario *La Jornada*. Lo acompañé de otros dos escritos, «Memorias de los cuarenta» y «Memorias del teatro», con la idea de que aparecieran en tres entregas sucesivas de la publicación, que estaba a cargo de Héctor Aguilar Camín. Me imagino que se produjo el siguiente diálogo en la redacción de *La Jornada*:

Héctor: ¿Qué tenemos para el próximo número?

Otro cuate: Pues no mucho, mano. Esto y lo otro, ¡ah!, y también esas tres cosas de García Riera.

Héctor: ¿De qué películas tratan?

Otro cuate: No, no son de cine, fíjate. Son de cuando era joven, de fútbol, de cabareteras buenotas y de teatro. A lo mejor es que no había cine entonces.

Héctor: Déjame ver... [pausa larga mientras Héctor da un vistazo a los textos]. ¿Sabes qué? Vamos publicando los tres juntos con el título... ay jijos... ya sé... «Días sin huella. Crónica de los cuarenta». Ponles además esa caricatura que le hicieron a García Riera, la de *Cine Mundial*.

Así, encabezados por una caricatura de *Apebas* que parece empeñada en perseguirme (la vería después reproducida y enormemente agrandada en un acto del municipio de Zapopan, Jalisco, para presentar mi *Breve historia del cine mexicano*), y que amenaza con acabar de convencerme de que así soy, los tres textos fueron publicados juntos el 28 de octubre de 1984. Los títulos de las dos «Memorias» pasaron a ser subtítulos del largo chorizo, pero «El fútbol sin mí» perdió su nombre. En consecuencia, la redacción del suplemento modificó su comienzo, dejándolo así: «Inspira el melancólico tema [por título] de este texto...». Eso no me pareció bien, porque uno es puntilloso y está muy pendiente del qué

dirán, pero me dije, bueno, así es la vida, y con esa reflexión, y con la ya apuntada en «El fútbol sin mí», habrá advertido el lector mi propósito de desprestigiar a la vida o a la realidad.

«Memorias de los cuarenta» era un texto aún más melancólico que «El fútbol sin mí». Ahí va:

¡Ah, aquellos años cuarenta distritofederalenses de mi adolescencia y primera juventud! ¡Aquellos mambos que no bailé! ¡Aquellas damas de cabaret, sobre todo, que no ligué! ¡Cómo recuerdo todos esos grandes momentos que no pasé!

Una de las cosas más extraordinarias que no me ocurrieron en la época fue mi conquista de la succulenta «exótica» chilena Estela Maris en el acreditado cabaret Tío Sam. Ocurrió sin embargo que esa buenísima señora agitó bailando su proceloso *derrière* muy cerca de mi rostro, en el que debieron brotar de inmediato —me temo— los granos delatores de la maldita represión sexual. En venganza de que doña Estela no se dignó ni siquiera reparar en mi presencia, he dado en evocar sus desnudos y contundentes muslos afligidos por la más grave de las celulitis, como si me hubiera importado en lo más mínimo la celulitis —y la lepra, y la tisis, y la tortícolis, y la caspa— en cualquier señora de ese calibre que me hubiera hecho el favor, como en las películas francesas.

Porque, en aquella época, quienes éramos flacos, «espirituales» (qué remedio) y pésimos para el baile, no deseábamos la suerte de Gérard Philippe en *Le Diable au corps*, la cinta de Autant-Lara basada en Radiguet. Philippe hacía el papel de estudiante (*lycéen*) aún en olor de familia y de gis, con gestos de chico malcriado —pero intenso— que se libraba de la mochila y de los pantalones cortos (o de golf) para meterse en la acogedora cama de Mme. Micheline Presle, esposa de un ausente *poilu* de la guerra del 14. Será porque no tenía uno el *charme* del buen Gérard, o porque los maridos de las réplicas nacionales de Mme. Presle no se iban en un taxi del Marne, lo cierto es que debía uno recordar alguna experiencia más bien penosa y multitudinaria en la calle del Organo para no sentirse tan virgen como se era en realidad.

A veces lo que no le ocurría a uno era más sofisticado y entraba en el reino de la mitología hollywoodiense. Era uno, por ejemplo,

un maduro pasajero con *smoking* blanco en un trasatlántico blanco y se acercaba a una dama con vestido y turbante blancos acodada sobre una veranda blanca adornada con un salvavidas blanco. Ella sostenía una larga boquilla, esperando a quien inevitablemente debía encender su aromático egipcio, y ese resultaba ser uno, a pesar de que un mal chiste de la imaginación, como puede pasar, insistía en que el encendedor no funcionara. La escena estaba inspirada en una película con George Brent y Merle Oberon, *'Til We Meet Again*, dirigida por Edmund Goulding, pero uno prefería imaginarse con la cara de Clark Gable o Cary Grant, y figurarse que ella era Kay Francis o Gene Tierney. Una vez prendido el cigarrillo, y recibido en pleno rostro la intencionada bocanada de humo que lanzaba la dama, uno se oía con voz de Charles Boyer para hacer cita en Madagascar, como si no fuera más práctico ir de inmediato a un camarote, *yours or mine*. Pero esas fantasías desbocadas parecían llevar el sello de la represión impuesta por el Código Hays.

En realidad, no era demasiado grave que cosas como lo anterior no ocurrieran. Poniendo los pies en la tierra, resultaba mucho peor que uno le cargara a una compañera del colegio los útiles para declarársele en pleno trayecto de tranvía Primavera, y que ella lo mirara a uno con una sonrisa irónica, como si uno le hubiera propuesto ir a pescar bacalao a Noruega. Y eso, aun sabiendo que de dar ella el sí, la cosa no pasaría de darse unos furtivos picoretos. Oh.

O ir con unos cuates al Kiko's de la avenida Juárez, y ver ahí a una chica con cara de Martha Mijares, falda ampona y un *brassière* doblemente puntiagudo bajo el *sweater* con la letra U o la letra P, y aprovechar que han puesto el disco de «Give me your lips for just a moment» para lanzarle miradas ardientes, y recibir a cambio la mirada desdeñosa e indicativa de que uno no es nada comparado con el *Chivo* Córdoba o el *Pibe* Vallarí, ídolos del fútbol americano, y acudir a la conciencia política para despreciar *ipso facto* todo lo que huele a gringo, como esa maldita desdeñosa con el pelo recogido en cola de caballo y vocación de porrista de los Pumas o los Burros Blancos, y resignarse a ir a echar con uno de los cuates una partida de carambola libre en los billares Marco Polo de Bucareli.